

Modu, que charla tranquilamente con sus amigos en la plaza de Lavapiés, era uno de esos afortunados que habían logrado llegar desde el África subsahariana a Europa, la tierra prometida.

Las vicisitudes del viaje habían sido tantas que podría escribir un libro.

Lo había planeado durante al menos cinco años, y otros tantos había tardado en conseguirlo.

Las autoridades españolas le habían enviado por dos veces de vuelta, pero él había logrado regresar.

Claro que no se arrepentía puesto que su vida aquí era mucho mejor de lo que nunca hubiera podido soñar.

El suelo, para empezar, no era de tierra, sino que estaba limpio como una silla, y dichoso el que tuviera una en su país.

Recordaba que cuando le había tocado vender cedés, como a todo recién llegado, la gente, sobre todo mujeres, le preguntaban si no le parecía espantoso pasarse el día tirado en el suelo.

Estaba claro que no habían visto la aldea de la que venía.

Allí hasta en las casas, chozas, el piso era de tierra.

Las farolas le fascinaban, y al principio le parecía mágico el hecho de poder ver durante la noche con tal claridad.

Los trenes, los autobuses, las tiendas, las iglesias, los parques, pero sobre todo las mujeres, le parecían un verdadero prodigio.

Y luego estaban los aparatos electrónicos, que para él eran sin duda lo mejor.

El hecho de tener un teléfono móvil en el bolsillo, por alguna extraña razón, le hacía sentirse un rey.

Desde que había llegado a Europa era como si hubiera evolucionado.

A veces se arrepentía de pensarlo porque verdaderamente eso significaba que despreciaba su propia cultura, pero es que objetivamente la europea le parecía un millón de veces mejor.

Tenían agua, refrescos, patatas fritas, gominolas...

Podría pasarse un día entero enumerando todo lo que había descubierto al llegar.

La Coca-cola le encantaba, incluso el fútbol, y especialmente llevar pantalones vaqueros.

Había que reconocer que le sentaban bien.

No había mujer que al pasar se resistiera a mirarle el culo, y precisamente por esa razón se pasaba allí horas y horas, hasta que llegaba la que quería agarrárselo y gozar de verdad.

Sus admiradoras sabían donde encontrarle, en la plaza a partir de las diez.

No se consideraba un prostituto, nada de eso, sino que le parecía que esta cultura tan avanzada tenía de todo excepto hombres que supieran follar.

Era como si todos estuvieran afeminados.

Cuando veía pasar a los chicos emitiendo gritos, haciendo aspavientos y moviendo las caderas como jovencitas desesperadas, no se lo podía creer.

Luego estaban los que empinaban demasiado el codo; por cierto, la mayoría.

Entraban en un bar y salían al cabo de unas horas vociferando, gesticulando de un modo extremado, y meneando más el culo si cabe.

Entonces él y sus amigos se miraban de reojo y se reían porque sabían que eso significaba que en la cama no valían para nada, y que por cada uno de esos habría al menos una mujer carente de eso de lo que todos tenemos tanta necesidad como de comer.

Dos treintañeras se aproximan, son gemelas, y al parecer están locas por él.